



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

Las nueces, la poesía y la cábala

Si se me pregunta en qué consiste la poesía, diré, sin pretender agotar la definición, que en ir cargando a las cosas de significados de los que aparentemente carecen y que, no obstante, se encuentran desde siempre en ellas, en espera de que alguien los descubra y nos ayude, al hacerlo, a comprender el mundo y a comprendernos a nosotros mismos. Estos significados pueden ser puramente estéticos —lo que los justifica plenamente— o pueden tener un carácter más profundamente poético y revelador.

Como resulta imposible, en cuanto hacen los hombres, partir de la nada, el procedimiento más antiguo y constante puesto en práctica para hacernos familiar al mundo, o bien para tratar de convertir en solucionables los problemas que, en principio, parecen no serlo es el de la comparación. Gran parte de nuestra cultura se ha ido formando, y continúa haciéndose, con símiles y metáforas. Y, aunque a nuestra actual manera de pensar, demasiado influida todavía por un falso racionalismo, pueda parecerle contrario, lo cierto es que la comparación de la Vía Láctea con un camino —el Camino de Santiago— o la de las cumbres de las montañas con los palacios de la divinidad, han tenido, junto a otras muchas, una gran influencia en la conducta de los hombres.

Los miles y miles de peregrinos que vieron en la primera de ambas comparaciones una señal del cielo, no sólo estuvieron a punto, por obedecerla, de hacer que Santiago sustituyese a Roma como centro —y no sólo de romerías— de la cristiandad, sino que también trajeron a España mucho de lo mejor de la cultura de sus países y, desde luego, no se llevaron las manos vacías cuando regresaron a ellos. Y la idea de que las cumbres de las montañas son gratas a la divinidad dio, desde muy antiguo, confianza a los hombres, que ya no la veían tan lejana y terminaron por creerla presente en todas partes. No es una casualidad que Moisés bajase del Monte Sinaí con las Tablas de la Ley en las manos.

Quiénes más comparaciones han hecho —y siguen haciéndolas, salvo en cortos periodos de pedantería y mal gusto— son los poetas. Mediante ellas consiguen, entre otras cosas, despertar nuestra atención hacia lo que vemos y hacia lo que imaginamos, y consiguen así, que nos sintamos familiarizados con un mundo del que, en realidad, sabemos muy poco.

Una de las poesías que más ha destacado en el trascendental arte de las comparaciones y las correspondencias ha sido la escrita en árabe. Pondré, para comprobarlo, unos ejemplos de poetas de esta lengua

que vivieron y escribieron en la Península Ibérica, tomados del libro de Emilio García Gómez *Poemas arábigoandaluces* y, al hacerlo, me atendré a la descripción comparativa de realidades al parecer cotidianas y vulgares a las que, sin embargo, supieron dignificar aquellos artistas hasta el extremo de convertirlos en joyas mediante la alquimia de la palabra.

Ben Sara de Santarén escribió de la berenjena que es un fruto que "ceñido por el caparazón de su peciolo, parece un rojo corazón de cordero entre las garras de un buitre", y dijo de unas naranjas que vio en su árbol que "parecen lágrimas coloreadas de rojo por los tormentos del amor". Más plástica la primera imagen, más interiorizada la segunda, ambas delatan a un poeta que sabía vencer a su pesimismo mediante la belleza de los símiles, que parecen, al transformarlas, alejar de sí las angustias.

Pero también hemos tenido poetas musulmanes que, amantes de la guerra, han tratado de embellecer y justificar sus técnicas y sus lanceos con el instrumento incomparable de la comparación. Así, Ben Darrach, que vivió en Córdoba, compara a la azucena a un castillo "con almenas de plata y donde los defensores, agrupados en torno al príncipe, tienen espadas de oro"; y el cadí Yyad escribió este breve poema:

Mira el campo sembrado, donde las mieses parecen, al inclinarse ante el viento, escuadrones de caballería que huyen derrotados, sangrando por las heridas de las amapolas,

con lo que ambos poemas parecen querer trascender los desastres de la guerra haciendo que la misma naturaleza nos hable de ella a través de realidades que, como la azucena y los trigales, no necesitan ser embellecidos.

Por su parte, Abu Baker de Sevilla escribió un poemita sobre la nuez que, en vista de lo que luego seguirá, debo copiar entero:

Es una envoltura formada por dos piezas tan unidas, que es lindo de ver:

parecen los párpados cuando los cierra el sueño.

Si la hiende el cuchillo, dirías que es una pupila a la que pone convexa el esfuerzo de mirar.

Y su interior podrías compararlo al de la oreja, por sus repliegues y escondrijos.

Parece que Abu Baker no tenía una mente filosófica pero, en cambio, poseía una imaginación visual que, de haber vivido en nuestro tiempo, habría hecho de él un buen pintor surrealista.

Otro ingenio medieval, el judío Eliazar de Worms, maestro cabalista que vivía en la ciudad de la que tomó el nombre —la célebre Worms en la que se enfrentaron Carlos V y Martín Lutero— veía a la nuez de una manera mucho más profunda que el poeta sevillano. Dejando aparte los aspectos más secretos e iniciáticos de dicha visión de la nuez, que exigirían explicaciones que no deben ser divulgadas, digamos que Eleazar piensa en ella mientras está envuelta por la cáscara verde que rodea a la leñosa, y que la compara con el conjunto de los libros sagrados del judaísmo, es decir con la Torah. "Igual que la nuez tiene una amarga cáscara exterior que la rodea, así los rollos de la Escritura", dice; con lo que parece dar a entender, no sólo que la verdad suele ser, o parecer, amarga, sino que también parece referirse a las dificultades que plantea el estudio de la Palabra.

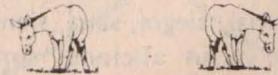
"Por otra parte —sigue— la amarga cáscara superior se corresponde con el cielo que abarca todas las cosas y se corresponde también con el salobre océano", y de ser, con los elementos que rodean y abarcan a la tierra en que vivimos los hombres. Y añade, debido a ello, que quien no conozca el significado místico de la nuez no conoce la verdadera doctrina, pues esa capa amarga que la envuelve se corresponde asimismo con las amonestaciones y castigos, que son amargos como ella, debido a cuyo sabor acerbo protege a su almendra de los gusanos, de la misma manera que las amonestaciones y los castigos protegen a los mandamientos.

Compara Eleazar de Worms a la envoltura leñosa de la nuez con dos copas que contuviesen, cada una, a dos de las cuatro partes de la almendra, la cual se halla atravesada en su centro por un vástago en forma de miembro viril que, yendo desde la parte más estrecha hasta la más ancha del fruto, se alimenta del amargor de la cáscara verde y evita así que la almendra críe gusanos. "Porque el fruto —escribe— se alimenta de su amargura". Debido a ello, si quitamos la cáscara amargosa antes de que la almendra haya madurado, y mientras el fruto permanece en el árbol, la nuez criará gusanos.

No es preciso explicar el significado más claro y aparente de las enseñanzas que nuestro rabino saca de la nuez, ni es caso, como ya he dicho, de considerar aquí sus significados más ocultos, pero ¿quién que, tras haber leído las palabras del sabio judío, parta una nuez, o simplemente la contemple, creará que no es más que un fruto comestible, creado tan sólo para que lo comamos? El mundo se le revelará misterioso en su breve y sabroso tamaño.

FARMACIA
DE
SANTA TERESA
Farmacia
MODERNA

MENÚ DOS POETAS



MENUDOS POETAS

MENÚ: DOS POETAS

MENÚ DOS: POETAS



Poema Portugués, por Colectivo Anónimo